EL CAZADOR.

Sube al amanecer á la montaña
El cazador de su escopeta armado;
Observa en torno con sagaz cuidado;
El mas leve rumor su oido engaña.
Su perro por do quiera lo acompaña,
Como amigo leal, siempre á su lado;
Y ya en la noche, el cazador cansado,
Torna con su mastin á la cabaña.
Pasa la vida en continuada fiesta:
Nada en el mundo á poseer aspira,
Sino su arma, su perro y su floresta.
Como á las aves él, voraz lo mira
La muerte, que emboscada el tiro asesta,
Y como el ave, descuidado espira.

EL TIEMPO.

Por memoria inmortal de su grandeza,
Alza el hombre soberbio monumento;
Agota sus esfuerzos el talento,
Para prestarle encantos y firmeza.
Mas poco á poco á desgastar empieza
El paso de los siglos su cimiento,
Hasta que alguna ráfaga de viento
Vence por fin su antigua fortaleza.
Al par que al morador de la montaña,
Con sus hijos, sus perros y sus bueyes,
Su ganado y su mísera cabaña,
Traga el olvido ejércitos y leyes;
Que puede mas del tiempo la guadaña,
Que la espada y el cetro de los reyes.

LA CORTESANA.

Indiferente á la pasion que enciende,
Funda su orgullo en la hermosura vana
La torpe y desenvuelta cortesana,
Que á precio de oro sus hechizos vende.
Como un insulto la virtud le ofende;
Teme verse al cristal cada mañana,
Porque sabe muy bien que de una cana
O de una arruga su destino pende.
Pasa en loca embriaguez dia tras dia,
Sin que del tiempo asolador advierta
La infatigable rapidez impía;
La vejez prematura la despierta,
Y sale al fin de la brillante orgía
A mendigar el pan de puerta en puerta.

EL MARINERO.

Sale del patrio puerto el marinero
Con viento favorable navegando,
Y siempre dócil á su impulso blando,
Surca las aguas su bajel velero.
En un pais remoto y estrangero
Riqueza tras riqueza atesorando,
Allá en su pensamiento va soñando
Un porvenir de dicha lisongero.
A su tierra natal torna impaciente,
Y ya al tocar la playa apetecida,
Se lo tragan las olas de repente.
Vió en un instante su esperanza hundida;
Que de un soplo de viento solamente
Dependen ¡ay! las glorias de la vida.

EL BESO.

Esta mañana al despuntar la aurora
Por los floridos campos paseaba,
Y con alegre distraccion gozaba
De toda la belleza de tal hora.
Turbó mi arrobamiento mi pastora,
Que del monte riendo se bajaba,
Y celoso miré que el brazo daba
A otro jóven pastor que la enamora.
Cuando me vió, su brazo abandonando,
Corrió hácia mí, y en mi celoso acceso,
La queja fué mi lábio desplegando:
Entonces ella, en ademan travieso,
Su boca me ofreció como jugando,
Y nada pude sino darla un beso.

AMOR IDEAL.

¿En dónde estás, amor? ¿Ya te volviste
Al sacro cielo, tu mansion primera? . . .
Mi corazon con ansiedad te busca,
Y por mas que te busca, no te encuentra.
Porque tú no eres el que torpe inflama,
Enmedio de la orgía, nuestras venas;
Que tú eres niño tímido, y te asusta
El ruido de las copas y botellas.
No es tuyo, amor, el peligroso fuego
Que en su mirar la cortesana ostenta,
Y cuya luz, sin penetrar al alma,
Nuestros sentidos contagiosa incendia.
Tú no le inspiras los falaces besos
Que, codiciosa, por el oro trueca;
Cuando profana tu sagrado nombre,
De indignacion, al escucharlo, tiemblas.
Siempre de la lasciva cortesana,
A la insolente y lúbrica presencia,
Huye el amor cual niño candoroso,
Cubriéndose la cara de vergüenza.
Tan solo le complacen las caricias
Que las virtudes sin rubor contemplan,

Y dirigen solícitas sus pasos
La noble abnegacion y la modestia.
Siempre, por eso, prófugo se escapa
De los ricos palacios y sus fiestas,
Para vivir aislado y en silencio
Enmedio de los valles y las selvas.
Le place adormecerse al son del aura,
Coronarse de lirios y violetas,
Y de su hermosa madre la natura,
Pasar en el regazo su existencia.
Porque allá en el terrestre paraiso,
Entre mirtos, jazmines y azucenas
Feliz nació el amor, de la inefable
Primer sonrisa de los lábios de Eva.
Templó en el fuego de sus negros ojos
Sus aceradas y primeras flechas,
Y fué de Adan el pecho el primer blanco
Donde probara su precoz destreza.
Pero tambien su pecho fué el primero
Que disfrutó su mágica influencia,
Y á quien primero su secreto nombre
Enseñó complaciente, fué á su lengua.
Al estraño rumor del primer beso,
Tembló de gozo la natura entera,
Y los ángeles todos envidiaron
De dos mortales la ventura estrema.
Amor de Adan la llama alimentaba,
Arrojándole pábulo sin tregua,
Emboscado traidor entre los rizos
De su jóven y linda compañera;
El velaba gentil en torno de ellos,
Dictándoles preguntas y respuestas,
Y el blando son y el aire de sus alas
Arrullaban el sueño de él y de ella.
Pero al amor hirieron mortalmente

Al perder para siempre la inocencia;
Porque al instante que nació el pecado,
Era preciso que el amor muriera.
Alguna que otra chispa de su fuego
Olvidadas dejó sobre la tierra,
Y con Safo, Eloisa y Abelardo
Volaron á los cielos las postreras.
Amor no existe; lo que así se llama
Ha tomado su nombre y su apariencia,
Y al interes conoce ó al orgullo
El que le arranca osado la careta.
¡Adios, y para siempre en esta vida,
Ilusion engañosa cuanto bella,
De encontrar el amor en este mundo
Donde tan solo sus cenizas quedan!
Yo cruzaré la tierra solitario,
Como cruza el espacio el ave huérfana;
Y ya que amor no existe, yo en silencio
Acá en el alma adoraré su idea.

PRODIGIO.

SONETO.

Quien hiciera nacer del duro hielo
Jardin fecundo de variadas flores;
Quien hiciera mirar luz y colores
De la tiniebla entre el opaco velo;
Quien sacara placeres y consuelo
Del fondo de los hórridos dolores;
Quien del lóbrego infierno en los horrores
Supiera, con querer, crear un cielo;
Despreciando á los otros, bien podria
La frente alzar sublime y altanera
Con soberbia y legítima alegría.
Envanécete, pues, niña hechicera,
Porque de nuevo en la existencia mia
Brotar hiciste del amor la hoguera.

EL SEGUNDO AMOR.

¿A qué vuelves aquí, maligno génio,
Despues que te he lanzado? ¿Qué me quieres?
¿Por qué de nuevo con tu luz me inflamas?
Ya engañarme no logras, sé quién eres,
Te lo diré, mas huye: amor te llamas.

Sonrisa en vano ostentas,
Pues sé que tu sonrisa es solo un lazo:
En vano, amor, intentas
Con lábio tentador besar mi frente;
Como el del falso apóstol es tu beso.
No me abraces, atrás! que en un abrazo
Me clavaste, riendo complaciente,
Tu escondido puñal traidoramente.

Yo sé muy bien que, con falaz terneza,
Una corona de fragantes flores
Con espinas ocultas
Nos colocas jugando en la cabeza,
Y que, al punto que tocan nuestra frente
Sus rosas peregrinas,
Sangre nos hacen con sus mil espinas.

Sé, por mi mal, que un cáliz incitante
A nuestro lábio ofreces,
Provocándolo pérfido á que beba,
Con la misma mirada provocante
Y la misma sonrisa con que Eva
Ofreció al hombre la fatal manzana,
Instándole á comerla muchas veces;
Mas sé tambien que tu engañosa copa
Es una copa de endulzados bordes,
Pero de amargas, matadoras heces.

Yo sé que, como Dálila, nos duermes
En tu regazo amante y peligroso,
Traidor para arrancarnos
Enmedio del reposo
Toda la voluntad y la energía,
Y poder sin trabajo esclavizarnos.

Mas no, mi error perdona:
Tú no eres el amor; aquel mostraba
Es sus pupilas mágicas un fuego
Que mi ser incendiaba,
Y un tempestuoso júbilo me daba
En cambio del sosiego.
Con el amor te habia confundido. . . .
¡Al amor eres tú tan parecido!

Mas no eres el amor; aquel tenia
En su grata sonrisa, cariñosa
Espresion de malicia y de ironía,
Y cuando acariciarme pretendia
Con su mano pulida y peligrosa,
Me acuerdo que me hería.

En mí se fijan lánguidos tus ojos,
Sin abrasarme con su dulce llama,
Y ante tus piés, de hinojos,
Anonadado caigo á sus destellos,
Y á mi vencido corazon con ellos
"Ámame," dices mudo; y él te ama.

Me arrullas en tu plácido regazo
Con el mismo cariño
Conque la tierna madre arrulla al niño,
Y es tu sincero abrazo
Tan blando y delicado, aunque es estrecho
Y lleno de ternura,
Que ni me oprime el pecho,
Ni su latir pacífico apresura.

¡Qué dulces son tus besos regalados!
¡Con que blandura, sin quemar mi frente,
Tan solo la acarician tiernamente,
Prestándome placeres delicados
Que el corazon sin fatigarse siente!

El licor incitante que me brindas
Sin sonreir, mas de ternura lleno,
Léjos de ser mortífero veneno,
Es un licor que, mientras mas se apura,
La plácida dulzura
De su sabor divino mas se aumenta,
Y su virtud celeste
La vida dobla, el corazon alienta.

El primer ardoroso sentimiento
Que, del sublime amor tomando el nombre,
Asalta de repente turbulento

El inesperto corazon del hombre,
No es el amor feliz y sosegado
Como bajó del cielo,
Es la necesidad irresistible
De amar y ser amado.

Esa pasion ardiente
Es el ardiente sol del mediodia,
Que lanzando de llamas un torrente,
El universo alumbra,
Mas nos quema, nos hiere, nos deslumbra.

Al amor verdadero
Lo trae por la mano la esperiencia:
El corazon entero
Ocupa su presencia,
Y absorve toda el alma
Sin perturbar por eso nuestra calma.

Su rostro no es risueño, sino grave;
No es vivo su mirar, sino suave;
Y en sus brazos y al eco de su acento,
Gozamos la delicia que gozamos
Cuando en el seno de la madre nuestra,
Con cándida alegría,
Cuando éramos niños nos dormiamos,
Mientras una cancion nos repetia.

Es el amor un sentimiento blando,
Es el sol, que sus llamas apagando,
Envuelve á la natura en el sosiego,
Y toda su belleza conservando,
No nos abrasa con su vivo fuego.

Tú si eres el amor, te reconozco,
Y no el que antes, tomando su apariencia,
Sorprendió mi sencilla adolescencia,
Y al que en mi pecho incauto presté abrigo,
Y fué luego minando mi existencia;
Tú eres el solo amor, yo te bendigo.

Ven; yo te cuidaré como la madre
Que con afan prolijo
Y con amor profundo,
Despues que se le ha muerto el primer hijo,
Recelosa, cuidar sabe al segundo.

Te esconderé celoso aquí en mi seno,
Para gozar yo solo noche y dia
De tu secreto encanto;
Y en él, con alegría,
Conservará tu fuego sacrosanto,
Como atenta vestal, el alma mia.

A TÍ.

La tarde va declinando,
Y del cielo el colorido
Me recuerda lo encendido
De tus lábios de carmin.
Ven; te llama suspirando
El corazon por tí herido:
Ven presto, mi ángel querido,
Porque tengo sed de tí.

Casto y amoroso asoma
El vespertino lucero,
Cual tu mirar hechicero
Tus párpados al abrir.
Ven, mi prófuga paloma,
Mucho tiempo há que te espero:
Ven presto, mi amor postrero,
Porque tengo sed de tí.

Ya se oculta el sol poniente,
Cual se oculta tu mirada
Cuando cierras fatigada
Tus ojos de serafin.
Ven presto, mi bella ausente,
Sin tí la existencia es nada:
Ven presto, mi bien, mi amada,
Porque tengo sed de tí.

Entre las sombras destella
La luna que va llegando,
Como entre rizos brillando
Va tu frente de marfil.
Como el marino á su estrella,
Te estoy ansioso invocando:
Ven, que te estoy aguardando,
Porque tengo sed de tí.

Una múltiple fragancia
La flor esparce en el viento,
Como la esparce tu aliento
Tus lábios al entreabrir.
Te demando á la distancia
Y al tiempo con triste acento:
Ven, mi celeste tormento,
Porque tengo sed de tí.

Su frente inclinan las flores
Con lánguida gentileza,
Como inclinas tu cabeza
Con un ademan gentil.
Ven, amor de mis amores,
Término de mi tristeza:
No tardes, ven con presteza,
Que estoy sediento de tí.

Como en la última armonía
Que alza, al dormirse, natura,
Hay sentimiento y dulzura
En tu voz de querubin.
Ven á mi lado, alma mia;
Léjos de tí no hay ventura;
Me ahoga tanta ternura;
Estoy sediento de tí.

Cual ahora el ocaso en fuego,
Así en amor yo me inflamo,
Y con doliente reclamo
Te invoca mi alma infeliz;
Pero no atiendes mi ruego,
Y en vano, niña, te llamo
Con un perpetuo "¡yo te amo!" . . .
¡Moriré de sed de tí!

EL AVE ERRANTE.

SONETO.

Suele muy bien el ave estraviada
Que la selva recorre caprichosa,
Al llegar la tiniebla pavorosa
El camino perder de su morada.
Envuelta entre las sombras, su mirada
En vano tiende por do quier ansiosa,
Y en vano con querella lastimosa
Va demandando ausilio, desolada;
Hasta que encuentra al fin árbol frondoso
Que le ofrece el albergue apetecido,
Y en el que goza un plácido reposo.
Que yo sea ese pájaro perdido,
Muger, y tu regazo cariñoso
El suspirado y apacible nido.